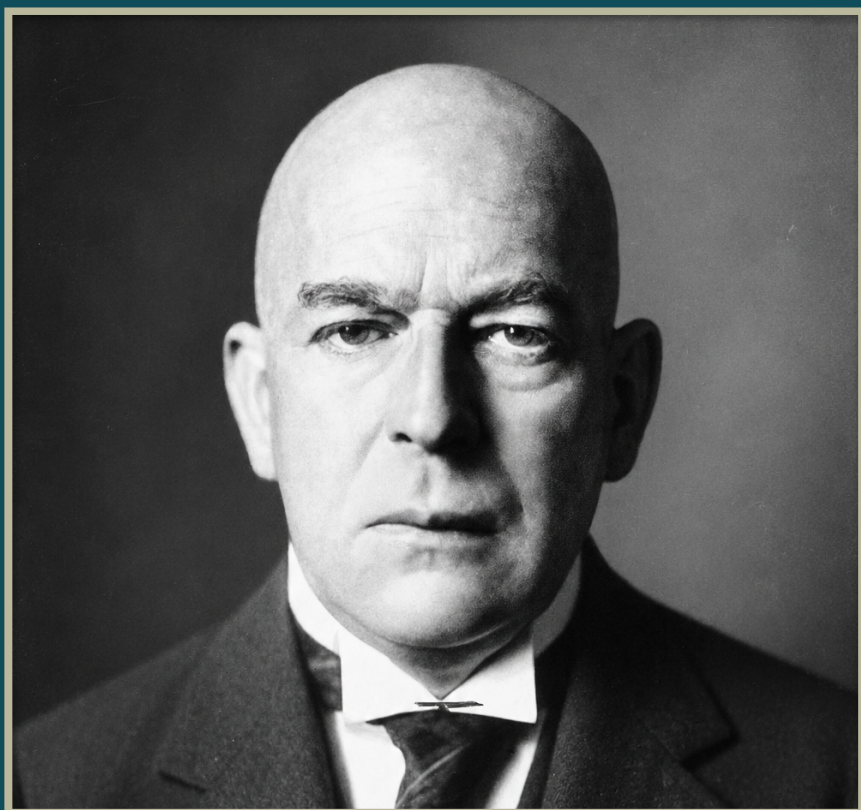


**Oswald Spengler**

*Nuestro contemporáneo*

# IDEAS



XXXIV

Por Pedro Carlos González Cuevas



«Hemos aprendido que la historia no tiene en cuenta para nada nuestras esperanzas».

Oswald Spengler, *El hombre y la técnica*



# Índice

1. Actualidad y decadencia	7
2. Oswald Spengler y la <i>decadencia de Occidente</i>	9
3. De política y filosofía: Spengler ante el nacionalsocialismo	13
4. Oswald Spengler y España	17
5. El abandono occidental del hombre <i>faústico</i>	21





Oswald Spengler, c. 1930–1936. Archivo Federal Alemán (Bundesarchiv), Bild 183-R06610. Licencia CC BY-SA 3.0.

## 1. Actualidad y decadencia

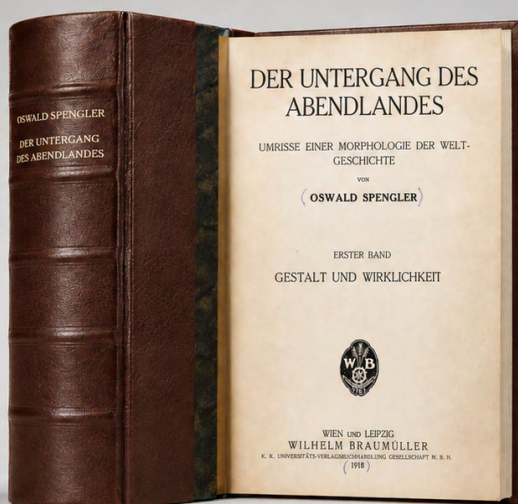
Existen autores que el tiempo actualiza. Sumidos en un aparente olvido, víctimas de efímeras modas, resurgen ante las nuevas problemáticas como flujos de la dialéctica permanente de la historia. Es el caso de Aristóteles, Platón, Burke, Hegel, Marx, Donoso Cortés, Schmitt y, como veremos, Oswald Spengler. A ese respecto, recuerdo la lectura, en mi etapa de estudiante, de la obra de José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos*, en cuyas páginas se exaltaba la idea de progreso, se rechazaban las críticas de Georges Sorel y del propio Spengler, como inactuales; y, de paso, solapadamente se atacaba al régimen de Franco, entonces –era 1966– bajo la égida de los denominado «tecnócratas».

Para los que estamos familiarizados con la obra del historiador valenciano, el hecho tenía su lógica interna. Hombre relacionado con Ortega y Gasset, Maravall participó del pesimismo cultural de la época de entreguerras. Al final de la guerra civil, exaltó la figura de Franco e incluso el proyecto de un régimen totalitario. Fue el caso igualmente de Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar o Dionisio Ridruejo. Sus palinodias y su ulterior evolución hacia la socialdemocracia, lo mismo que su progresismo militante, eran fruto del fracaso de su anterior militancia política. En la obra de Maravall esta palinodia es permanente. Su descripción de la cultura del Barroco, su ulterior identificación con la Institución Libre de Enseñanza y sus mordaces críticas al conservadurismo español enmascaraban un rechazo solapado al franquismo.

La exaltación de la idea de progreso era testimonio de una coyuntura particularmente favorable, como fue la de los años sesenta, con el crecimiento económico sostenido y la construcción del Estado benefactor. Este superficial optimismo tuvo su etapa cenital a partir de 1989, con la caída del socialismo real y la expansión de la democracia liberal. Esta coyuntura tuvo su teórico más renombrado en el politólogo Francis Fukuyama, que se atrevió a profetizar nada menos que el «Fin de la Historia». Se trataba de una banal interpretación de Hegel avalada por un personaje tortuoso como Alexander Kojève. Ya solo existía el capitalismo como sistema económico y la democracia liberal como sistema político. Nos encontrábamos en la cima del progresismo.

Desde el principio, tan insidiosa tesis tuvo sus contradictores. El más lúcido fue sin duda Samuel P. Huntington, maestro, por cierto, del propio Fukuyama. Para el politólogo norteamericano, lo que se abría paso en el horizonte social y político no era el «Fin de la Historia», sino un permanente conflicto de civilizaciones. El año 2001 verificó esta última hipótesis y dejó por los suelos la arrogancia progresista de Fukuyama y sus acólitos, entre ellos, por cierto, José María Aznar López. A partir de esa fecha, la situación de los países occidentales, sin ser dramática, dejó de ser pletórica. Poco a poco, fueron descubriendo que estaban muy lejos de ser el centro del mundo. El ascenso de China y de la India y la resistencia de Rusia y de otros países orientales, las contradicciones y aporías de la Unión Europea, el estancamiento de Estados Unidos, eran pruebas fehacientes de esta situación.

La idea de decadencia y la crítica del progresismo fueron abriéndose paso de nuevo. Así opinaba Michel Onfray en su obra *Decadencia. Vida y muerte de Occidente*. Otro francés, Emmanuel Todd hace referencia a ello igualmente en *El fracaso de Occidente*. Y el novelista Michel Houellebecq no se encuentra muy lejano de tales planteamientos, en obras como *Sumisión*. Decadencia demográfica, decadencia social, decadencia política, decadencia religiosa. Y algunos esperan, como en el poema de Kostantin Kavafis, a los bárbaros regeneradores de tanto decaimiento.



Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, primer volumen, primera edición. Viena y Leipzig: Wilhelm Braumüller, 1918.

## 2. Oswald Spengler y la *decadencia de Occidente*

Y aquí entra la figura de Oswald Spengler, de cuya muerte se cumplen ahora noventa años. Como veremos, se trata de un filósofo y pensador político muy controvertido y tergiversado en su tiempo y en la actualidad. Y es que sus planteamientos siguen siendo un desafío consciente a la mentalidad moderna. Nacido en la localidad de Blankenburg, el 29 de mayo de 1880, su padre era un funcionario de carrera. Estudió en Halle y Munich, doctorándose con una tesis sobre Heráclito. En un primer momento, se dedicó a la enseñanza, sin demasiada vocación. Finalmente, optó por la libre investigación y autoría.

Su formación fue enciclopédica. Solitario, enfermizo y tímido, su ceñudo rostro refleja cansancio y lucidez intelectual. Desde muy joven fue un lector voraz. Sus ídolos intelectuales fueron Goethe y Nietzsche. Junto a ellos, Otto Seetz, Balzac, Stendhal, Baudelaire, Cervantes y Verlaine. En música, fue devoto de Richard Wagner. De la misma forma, se interesó por la ciencia, la zoología y la botánica. Lector de Darwin y Haeckel.

Desde muy joven perdió la fe religiosa. Como autor independiente, se instaló en Munich. Su mala salud, le impidió realizar el servicio militar y luego fue declarado inútil para servir en el ejército durante la Gran Guerra.

Spengler fue toda su vida un conservador monárquico y un nacionalista alemán. La derrota de 1918 y los intentos revolucionarios posteriores fueron interpretados por él como fruto de la traición. Fue paladinamente enemigo de la República de Weimar. No obstante, 1918 fue, a nivel individual, un buen año para Spengler, cuando salió a la luz el primer tomo de su obra más célebre *La decadencia de Occidente*. El segundo se publicó en 1922. Algunos críticos europeos, sobre todo franceses e ingleses, relacionaron su título y su contenido con la derrota alemana en la Gran Guerra. Y le acusaron de identificar el final de Occidente con el declive alemán. Una crítica muy superficial.

El punto de partida de la obra es un profundo rechazo del optimismo compartido por la visión cristiana e ilustrada de la historia. Su pesimismo antropológico le llevaría a definir al hombre como «animal de rapiña». Para Spengler, la historia no tiene una sola dirección ni un sentido. Las creencias de Agustín de Hipona de que finalizaría con el triunfo de la Ciudad de Dios son tan erróneas como la defendida por Karl Marx sobre el advenimiento de la sociedad sin clases. No hay plan ni progreso ni deidad personal en el desarrollo del tiempo histórico. Sin embargo, tampoco es un caos de causas y efectos ininteligibles. Existe un patrón en la vida humana y si pudiéramos captar su orden simbólico, podría explicarse y conocer nuestra identidad.

Según Spengler, la clave de la historia humana se centra en la diversidad de las culturas y de los pueblos que la reflejan. El mundo humano es el mundo de las culturas. Nuestro microcosmos no se encuentra definido por la biología, sino por el lenguaje, el arte, la música, los ritos, y la religión. Desde esta perspectiva, no existe un lugar fuera de las culturas particulares a partir del cual fuese posible que los hombres hubieran podido pensar. El ser humano es un ser cultural. Spengler veía un mundo dividido en culturas diferentes. La cultura es como un organismo vivo que pasa por ciclos de crecimiento, madurez y muerte.

La decadencia de las culturas se denomina, en el lenguaje *spengleriano*, «civilización». Ninguna cultura escapa a su destino. Es su «sino». El proceso de decadencia puede llevar mucho tiempo; y se caracteriza por un período de «barbarie», «sin alma», «sin filosofía ni arte». En algunos casos, tiene lugar una «segunda religiosidad» que ejerce una especie de fascinación y a veces preanuncia la emergencia de una nueva cultura. Los síntomas de la «civilización» son, en la Antigüedad clásica, la retórica. En Occidente, el periodismo y el triunfo del dinero. Con ello, desaparecen las luchas por las ideas, sustituida por la lucha por razones económicas. En la vida del

Estado, aparecen el «cesarismo» y el imperialismo, el cosmopolitismo y las megalópolis, símbolos inequívocos de la decadencia.

Los significados de las culturas se hacían visibles a través de un «símbolo principal». En ese sentido, Spengler realiza una defensa consciente del relativismo cultural. Los seres humanos pueden trascender la naturaleza, pero no su cultura. Todas las sociedades son simbólicamente cerradas. Las culturas son inaccesibles. E incomprensibles para los extraños. A partir de ese planteamiento, Spengler rechaza que se situase a Europa en el centro de la historia mundial. Y, como consecuencia, todos los intentos de evaluar las culturas no occidentales según categorías europeas resultan irreales.

Ninguna cultura es universal. No obstante, existe una cultura que se volvió particularmente consciente de su lugar en la historia, por lo que sus miembros tienen un destino especial, la occidental. Como toda cultura, la occidental posee sus características excepcionales. Spengler denomina a la cultura occidental con el apelativo de «fáustica». Su símbolo es el Fausto de Goethe caracterizado por su ansia de saber y de poder. Su lucha por el «infinito». El hombre fáustico había descubierto su propia personalidad al enfrentarse a un mundo de infinitas posibilidades. Los hombres fáusticos son visionarios, creadores, descubridores, conquistadores, constructores del tiempo, el espacio y la subjetividad humana. En este punto, coincidían Lutero y Nietzsche, los papas y los darwinistas, los socialistas y los jesuitas.

La cultura occidental se consolidó al institucionalizarse el poder imperial y la reforma del papado y la vida monástica. Intellectualmente coincide con el surgimiento de la ciencia aristotélica, la teología sistemática y la práctica penitencial. Artísticamente con la arquitectura gótica y el desarrollo de la música orquestal. Alcanzó una nueva era con la Reforma protestante y con el Barroco, cuando los hombres fáusticos abrieron paso a nuevos dominios. La Reforma empujó su vitalidad hacia la interpretación de la conciencia y el examen crítico de la fe. El Barroco expandió su alma hacia el exterior. En la Ilustración, las tendencias fáusticas se volvieron más abstractas. Fue la era de la investigación científica y el cuarteto de cuerda. E intensificó hasta un grado sin igual la tendencia fáustica al dominio de la naturaleza.

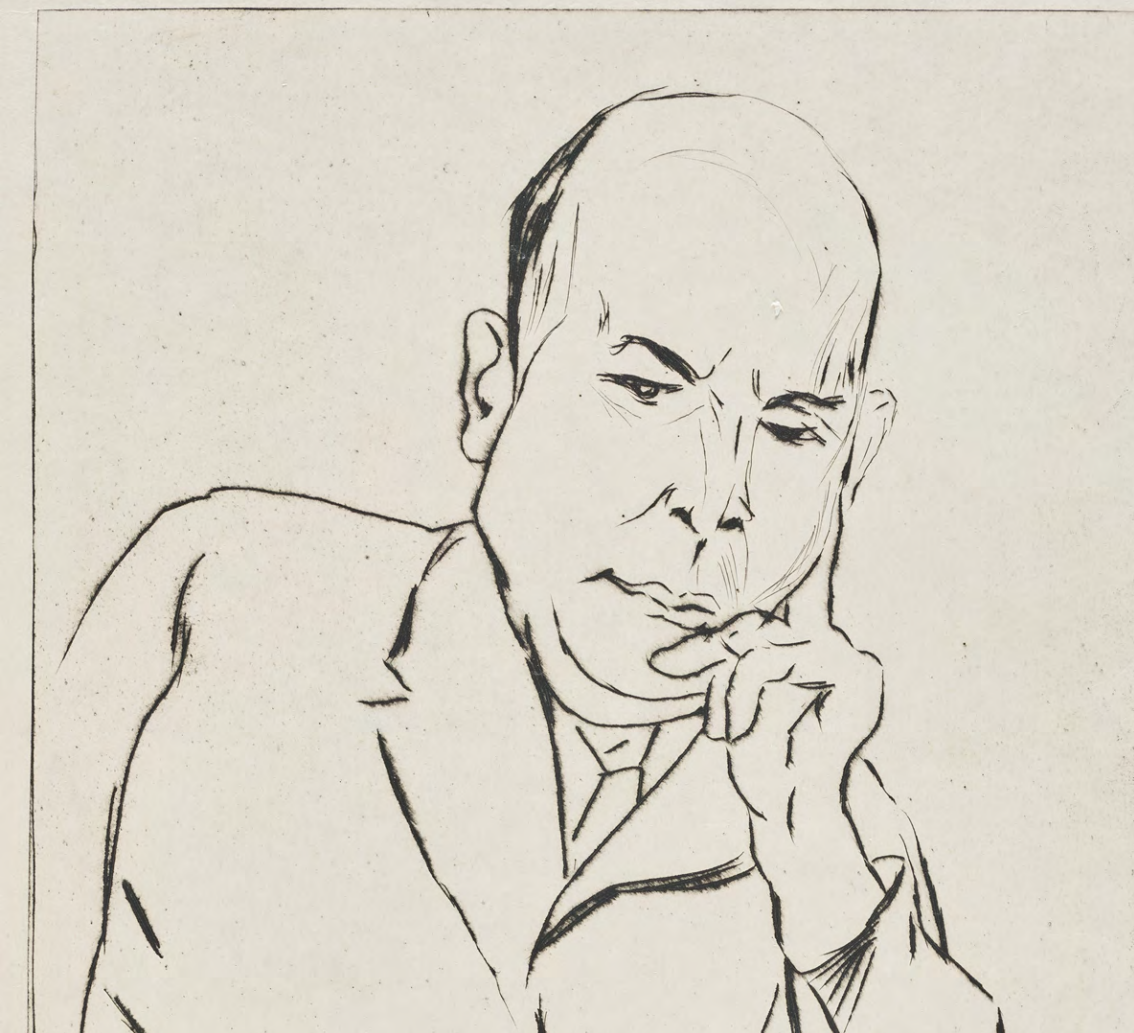
En el siglo XX, viven un otoño cultural, un momento en que las artes están en gran medida agotadas, ya no puede hablarse de una gran pintura ni de una gran música. En política, el proceso de decadencia se produce con el surgimiento de los «césares», el aumento de la animadversión entre las razas y las crisis medioambientales. Se asistía así al paso de la «cultura» a

la «civilización». El período liberal constituyó una época análoga a la crisis del envejecido Estado romano, la mezcla de pueblos y el desplazamiento de fronteras.

La repercusión de *La decadencia de Occidente* fue muy intensa, no sólo en Alemania, sino en toda Europa. El libro dominó el debate intelectual. El año de 1922 fue conocido como el «Año Spengler». Thomas Mann lo leyó como una novela y luego descalificó a su autor como «derrotista de la Humanidad» y «mono de Nietzsche». Martin Heidegger lo desestimó como filosofía. Max Weber invitó al autor a un debate sobre el porvenir de las sociedades. Spengler ponía de hecho en cuestión la idea weberiana de «racionalización» y la universalidad de la civilización occidental como paradigma de ese proceso social. Como sabemos, para Spengler, no se trataba de un fenómeno universal, sino una de las características de la cultura fáustica.

El historiador holandés Johan Huizinga consideró *La decadencia de Occidente* como una obra poética y profética. Los marxistas cargaron contra él. Lenin, desde *Pravda*, lo calificó de «filisteo». El filósofo Georg Lukács insistió en su irracionalismo. Para Ernst Bloch, era simplemente un reaccionario. Ulteriormente, otro marxista, Theodor W. Adorno se mostró más comprensivo a la hora de valorar la aportación spengleriana al tema de la evolución de las sociedades de masas. Ecos de los planteamientos de Spengler podemos encontrar en Henry Miller, Isaac Asimov, Ludwig Wittgenstein, Stefan Zweig, Nicolás Berdiayev, Ernst Jünger, Carl Schmitt o Ludwig von Bertalanffy. Historiadores profesionales como Lucien Febvre lo descalificaron.

Más moderado fue su compañero Fernand Braudel a la hora de analizar los conceptos spenglerianos de «cultura» y «civilización». Arnold Toynbee siguió con matices su visión cíclica de la historia, desde una perspectiva favorable al cristianismo. El filósofo y esoterista Julius Evola fue conocido como «el Spengler italiano». Michel Foucault lo alabó. Liberales como Raymond Aron recogió algunos argumentos spenglerianos a la hora de analizar «la Europa decadente». Karl Popper no lo entendió. Henry Kissinger y Hans K. Morgenthau alabaron su realismo político. Alain de Benoist lo acogió como representante de la «Revolución conservadora».



Oswald Spengler, c. 1930–1936. Archivo Federal Alemán (Bundesarchiv), Bild 183-R06610. Licencia CC BY-SA 3.0 DE.

### **3. De política y filosofía: Spengler ante el nacionalsocialismo**

Políticamente, Oswald Spengler ha sido adscrito a la corriente que Armin Möhler ha denominado «Revolución Conservadora», término acuñado, en realidad, por Thomas Mann cuando se identificaba con la derecha alemana, para pasar luego a militar en la socialdemocracia. En sus célebres *Consideraciones de un apolítico*, Mann fue un firme defensor de la distinción entre «cultura» y «civilización». Alemania era la representante de la *Kultur* por antonomasia frente a la superficial «civilización» francesa. Entre los representantes de esta tendencia se encontraban, aparte de Spengler, Carl Schmitt, Ernst Jünger, Edgard Jung, Othmar Spann, Werner Sombart, Jacob von Uexküll, Max Scheler, etc. Su punto de partida era la crítica del liberalismo y del socialismo marxista.

A ese respecto, resulta significativa la obra de Spengler *Prusianismo y socialismo*, publicada en 1920. En sus páginas, Spengler distinguía entre dos tipos de socialismo, el prusiano y el inglés. Karl Marx era un socialista inglés, un materialista de planteamientos irrealistas y románticos, un cosmopolita. Por el contrario, el socialismo prusiano, tiene como fundamento que el poder pertenece al «todo». El individuo sirve al «todo». El rey es el primer funcionario del Estado. Cada uno tiene su lugar. Y esto desde el siglo XVIII, es decir, desde Federico El Grande. Un modelo político-social que los alemanes deben actualizar frente al liberalismo y el marxismo.

A primera vista, estos planteamientos parecen tener ciertas analogías con el nacionalsocialismo, si exceptuamos el tema de la monarquía. Además, Spengler fue, desde el principio, un enemigo tenaz y absoluto de la República de Weimar, a la que acusó de ser heredera de la derrota de 1918 y de la traición de las izquierdas a la nación alemana. Por ello, algunos historiadores de prestigio, como Henri-Irenée Marrou, en su *Teología de la Historia*, lo consideraba un precursor del nacionalsocialismo y del nihilismo de Michel Foucault. Otros no tan prestigiosos, y siempre mal informados, como José Carlos Mainer, han incidido, sin conocimiento de causa, en esa acusación.

En realidad, Spengler nunca simpatizó con el nacionalsocialismo y tampoco con el fascismo italiano. Fue en todo momento un monárquico conservador, que simpatizó con el Deutschnationale Volkspartei (DNVP), dirigido por Alfred Hugenberg. Spengler siempre aspiró a la restauración de la monarquía. El intelectual alemán tuvo palabras de admiración hacia Benito Mussolini, pero más como individuo que como líder fascista. Mussolini representaba una modalidad de «cesarismo», pero el Estado totalitario había sido un invento de los jacobinos franceses.

El «cesarismo» se encarnaba en un individuo genial frente a todos los partidos; no en el partido único. Y es que el fascismo era, en realidad, un movimiento populista y revolucionario. Así lo sostendrá en su obra *Años decisivos*: «También el fascismo es tránsito. Se ha desarrollado partiendo de una masa urbana, como partido de masa, con ruidosa agitación y discursos de mística. Integra tendencias de socialismo obrero. Pero mientras sea una dictadura alberga ambición 'social' y afirma existir por el obrero, corteja al arroyo y es popular...».

De la misma forma, rechazó el nacionalsocialismo, aunque tuvo amistad con algún dirigente del movimiento como Gregor Strasser. Su amigo Friedrich Reck, en su *Diario de un desesperado*, incidió en que nadie odiaba

tanto a Hitler y sus seguidores como Spengler. El autor de *La decadencia de Occidente* se entrevistó una sola vez con Hitler; y no congeniaron. «Es insignificante», afirmó a un amigo tras el encuentro. Spengler siempre rechazó el antisemitismo y el racismo: «La pureza de raza –dirá en *Años decisivos*– es un término grotesco ante el hecho de que desde hace milenios todas las estirpes y las especies se han mezclado y que precisamente las estirpes guerreras, y por tanto sanas y ricas en porvenir han acogido en sí gustosas al extranjero, cuando este era de ‘raza’ cualquiera que fuese la raza a la que perteneciera. El que habla demasiado de raza no tiene ninguna». Y rechazaba la posibilidad de «una clasificación estricta de las razas».

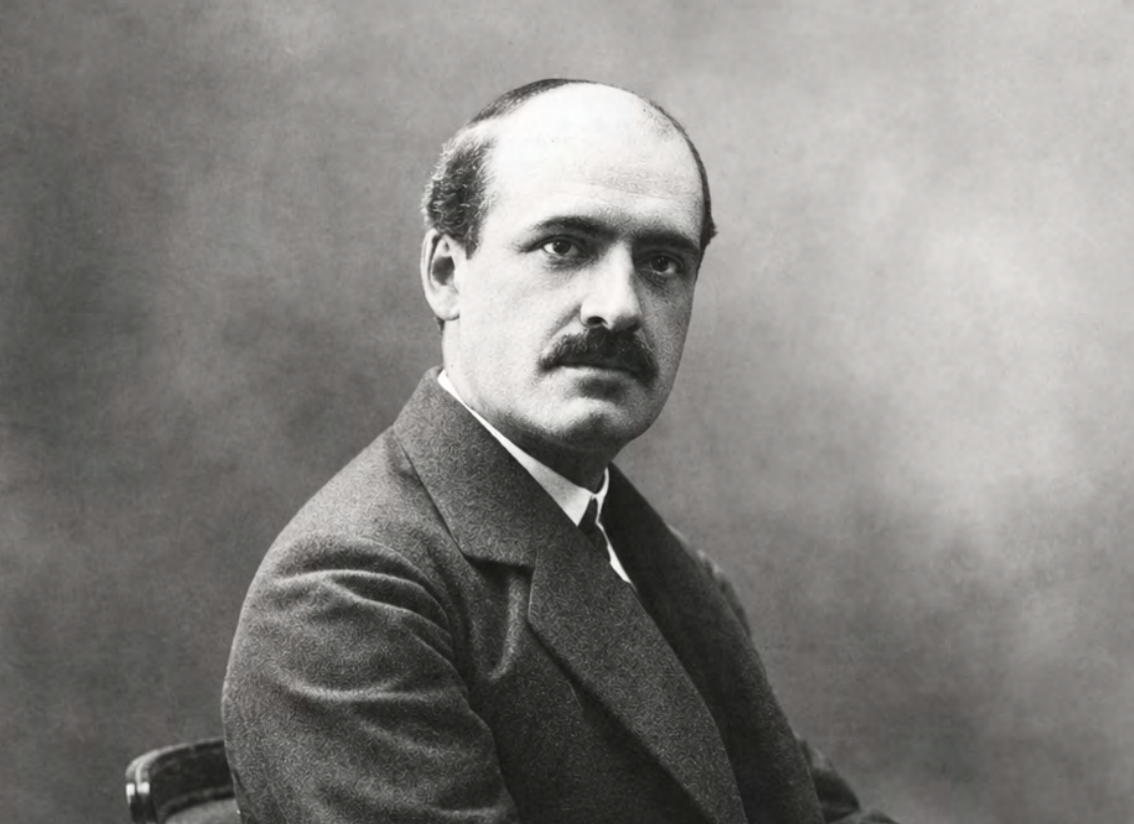
En su obra *El mito del siglo XX*, Alfred Rosenberg destacó el escaso papel que Spengler otorgaba al factor racial en su concepción de la historia: «Él no ve que las fuerzas racial-espirituales conforman el mundo, sino que crea esquemas abstractos, a los que todos con ‘fatalidad’ estamos sujetos. Al fin y al cabo, su doctrina expuesta brillantemente niega el valor intrínseco de la raza y de la personalidad». Por su parte, Josef Goebbels manifestó que *La decadencia de Occidente* era «veneno para el pueblo alemán».

Su libro *Años decisivos*, publicado meses después del advenimiento de Hitler al poder, no gustó a los nuevos dirigentes de Alemania. En sus primeras páginas, celebraba la «subversión nacional» de enero de 1933, que había acabado con el odioso sistema de Weimar. Sin embargo, entre líneas expresaba sus reticencias hacia Hitler, al que no mencionaba, y su movimiento. Como en el caso italiano, el nacionalsocialismo le parecía un movimiento de masas, demagógico, socializante, dirigido por una elite plebeya, carente de experiencia y de tradición. Juvenil y diletante, de aficionados proclives al ceremonial y la liturgia, pero sin ideas profundas.

Manifestaba su animadversión hacia la Unión Soviética; y sus reticencias hacia los Estados Unidos, una democracia de masas en la que los gángster tenían cada vez más influencia. Señalaba el ascenso de «las naciones de color» y la posibilidad de una «revolución mundial de color», a posiciones de una creciente paridad con el «mundo blanco». La revolución llegaría cuando los pueblos de Asia, África, América del Sur y Oriente Medio, equipados con la ciencia y la tecnología occidentales, se dieran cuenta de que la era de la supremacía blanca había finalizado. A diferencia de racistas y antisemitas, no le preocupaba, como sabemos, la preservación de la pureza racial. Para él, la explotación y el trato «grotesco» ejercido por los blancos legitimaba moralmente a esa revolución. De la misma forma, expresaba su preocupación por la decadencia económica y el declive demográfico occidental, que provocaba una profunda crisis de identidad.

El filósofo nacionalsocialista Alfred Baumler –autor de una interesante obra sobre *Nietzsche y la voluntad de poder*-reprochó a Spengler su solapado rechazo del III Reich. Su silencio hacia la figura de Adolf Hitler; y su conservadurismo social y político.

Desde entonces, la figura del autor de *La decadencia de Occidente*, pasó, en la esfera pública, a un muy segundo plano. No se le persiguió, pero fue claramente marginado. Evidentemente, no era uno de los suyos. Todavía joven, Oswald Spengler falleció en Munich el 9 de mayo de 1936, a los cincuenta y seis años. Fue enterrado con *Fausto*, de Goethe, y *Así habló Zaratrusta*, de Nietzsche, sus dos libros de cabecera.



José Ortega y Gasset, 6 de agosto de 1920. *Nuevo Mundo*. Wikimedia Commons, dominio público.

#### 4. Oswald Spengler y España

Como en el resto de Europa, la obra de Spengler no pasó desapercibida para la intelectualidad española. Sabemos que en 1928 el filósofo alemán visitó España, con estancias en Toledo, Granada, Málaga y Madrid, donde se entrevistó con José Ortega y Gasset. Aunque España no aparece mucho en las páginas de sus obras, en *Prusianismo y socialismo*, alabó la figura del conquistador español de América: «El español se considera portador de una misión. Es soldado y sacerdote. Después, sólo el estilo prusiano ha generado ideal semejante de tanta severidad y resignación». Fue Ortega y Gasset quien propició la traducción española de *La decadencia de Occidente*, realizada en 1923 por su fiel discípulo Manuel García Morente, quien dedicaría algunos ensayos a la vertiente pedagógica de los planteamientos spenglerianos.

El filósofo madrileño prologó la edición. Se trataba, según él, de «la peripecia intelectual más estruendosa de los últimos años», nacida de «profundas necesidades intelectuales y fórmula de pensamiento que latía en el fondo de nuestra época». Ecos de las tesis spenglerianas pueden percibirse en sus obras *España invertebrada*, *La rebelión de las masas*, *Meditación sobre*

la técnica, etc. La editorial Espasa-Calpe publicó, además, *Heráclito, Años decisivos y El hombre y la técnica*. En la *Revista de Occidente*, se publicaron algunos artículos de Spengler: «Pueblo y razas» y «La revolución mundial de color».

El escritor y diplomático vasco Ramón de Bastera se interesó igualmente por Spengler, a quien dedicó una conferencia en Bilbao, en la que alabó la visión cíclica de la historia frente a la interpretación «pueril y trasnochada» de los progresistas. Lo comparaba con Menéndez Pelayo, a quien consideraba «el Spengler español».

Eugenio D'Ors compartía la visión cíclica de la historia, sostenida en su obra *La ciencia de la cultura*. Sin embargo, rechazó su relativismo cultural. En ese sentido, Spengler era un romántico. Y es que para el filósofo catalán no podía hablarse de culturas, sino de Cultura, la clásica grecolatina.

Por su parte, Ramiro de Maeztu quedó muy impresionado por la lectura de *La decadencia de Occidente*. El 3 de noviembre de 1923 dedicó a la obra una conferencia en Sevilla, luego publicada en el diario *El Sol*, donde Spengler había sido ya entrevistado por Julio Álvarez del Vayo. Creía Maeztu que *La decadencia de Occidente* había «determinado un movimiento tan intenso en las ciencias del espíritu como Einstein en las de la naturaleza». No obstante, rechazaba su visión de la morfología de las culturas como un todo orgánico, imbuido de su propio destino.

Rechazaba igualmente la tesis del final de Occidente. La crisis no era «vital», sino «espiritual». Le seducía la posibilidad de una «segunda religiosidad» y del «cesarismo». Pero negaba que fuesen signos de decadencia. Muy al contrario, como demostraba el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera, se trataba de un claro intento de vertebrar una sociedad, como la española, en permanente crisis, pero susceptible de regeneración.

No fue la última vez que Maeztu se ocupó de Spengler. Ya en la II República, el Maeztu de *Acción Española* reprochó al alemán no haber tenido suficientemente en cuenta la aportación de España a la historia de la Humanidad. Se trataba de una necrológica con motivo de la muerte de Spengler. Y es que el significado de la Hispanidad era haber acabado con la posibilidad de existencia de culturas diversas e incommunicables, creando de hecho la unidad del género humano.

Igualmente, en *Acción Española*, de la que Maeztu fue director, se ocuparon de la obra de Spengler, alabando su conservadurismo, pero rechazando

su relativismo histórico. Para José Pemartín se trataba de una visión de la historia totalmente incompatible con la fe católica. Y es que Spengler era incapaz de liberarse «de la esclavitud de la concepción naturalista de la historia». En el fondo, se reducía a un «determinismo vitalista».

Ya después de la Guerra Civil española, podemos encontrar ecos spenglerianos en la obra de Luis Díez del Corral, *El rapto de Europa*. Enrique Tierno Galván consideró, en *Tradición y modernismo*, a Spengler «el último romántico». Jesús Fueyo escribió, incluido por Spengler, su novela filosófico-política *La vuelta de los budas*. La revista *Futuro-Presente*, dirigida por el escritor hispano-rumano Vintila Horia, publicó artículos de Spengler sobre Karl Marx. Horia era un incondicional de Spengler.

Gonzalo Fernández de la Mora se ocupó, en *Razón Española*, de la valoración de la democracia liberal por parte de Spengler, como dominio del dinero. Revistas ligadas a la Nouvelle Droite de Alain de Benoist, como *El Martillo*, *Punto y Coma* o *Hespérides*, han expuesto y renovado el legado spengleriano. La editorial Altera reeditó *Años decisivos*. Y Fides *Prusianismo y Socialismo*, y *El hombre y la técnica*. Renacimiento reeditó *Heráclito y Prusianismo y socialismo*. Esa misma editorial sacó a la luz la obra de J. Rafael Fernández Arias: *Oswald Spengler. El destino de la civilización occidental*.

En 2025 surgió la Sociedad Spengleriana Española, dirigida por el jurista y militar Francisco José Fernández-Cruz Sequera. La Sociedad ha difundido libros inéditos en español de Spengler como *El Estado*. Y ensayos de Carlos X. Blanco como *Spengler y el último tiempo*. Fernández-Cruz Sequera ha difundido videos donde expone las ideas del pensador alemán.





Tumba de Oswald Spengler en el Nordfriedhof de Múnich, sección 125-A-02. Fotografía: Fatum Chaim (@Machine\_Civ), X/Twitter, julio de 2024.

## 5. El abandono occidental del hombre *faústico*

Oswald Spengler, a los noventa años de su muerte, sigue siendo un revulsivo intelectual; es nuestro contemporáneo. Sus planteamientos todavía son capaces de excitar nuestro interés y los necesarios debates en torno a nuestro porvenir. Tanto en un sentido positivo como negativo. ¿Relativismo o universalismo? Quizás ese sea, como hubiera dicho Ortega y Gasset, el tema de nuestro tiempo. Tras un período, necesariamente efímero, de optimismo liberal y de alienante cosmopolitismo, que a Spengler le hubiera resultado indigerible y repugnante, el relativismo cultural, el arraigo o la incommensurabilidad cultural vuelven a tener vigencia social e intelectual.

A diferencia de Estados Unidos, China o la India no parecen considerar su cultura como universal y presentar modelos políticos como la democracia liberal como único legítimo. En esto, como en tantas cosas, Donald Trump ha supuesto igualmente una fisura en la doctrina universalista norteamericana. Parece ser escéptico a la hora de exportar su modelo político a otras latitudes. El principio de legitimidad se centra en el logro de la grandeza nacional, del orden y del poderío económico. Otra cosa es el peligro

islámico, que puede percibirse no tanto a nivel de grandes potencias, sino en las oleadas migratorias.

En cualquier caso, hoy por hoy, ya nadie piensa seriamente en el «Fin de la Historia» o en la «Paz perpetua». Más bien hemos entrado en lo que el propio Spengler denominó, en *Años decisivos*, en una época «grandiosa», es decir, «terrible e infausta». Una turbadora época en la que los europeos tenemos un papel muy secundario. Como ya profetizó Spengler, y corroboraron Raymond Aron, Michel Onfray o Emmanuel Todd, Europa está sumida, a nivel global, en un proceso de decadencia muy grave. En lo económico, en la social, en lo cultural, en lo político y en la demográfico. La «revolución de los pueblos de color», que hoy capitanea China, hace tiempo que está en marcha. El hombre occidental ha dejado de ser fáustico. Las sociedades occidentales se mueven hoy en la mediocridad, el pragmatismo ramplón, el burocratismo, el *wokismo*, el fatalismo, la superficialidad, el cansancio, la inercia intelectual y la ausencia de horizontes.

Ante esta situación, Spengler puede servirnos de faro intelectual. Pese a los esfuerzos de un ilustrado como Steven Pinker, nadie ha podido refutar el pesimismo antropológico de Spengler cuando definió a la especie humana como «animal de rapiña». Conviene tenerlo en cuenta, ya que el optimismo suele conducir al desastre social y político. Mas decisiva aún, es la visión spengleriana del hombre como animal cultural. No existe el hombre en sí. Fuera de la cultura específica, el hombre y la mujer no pasan de ser entes biológicos. Así pues, menos Steven Pinker, menos Immanuel Kant, menos Judith Butler y más Konrad Lorenz, Irenaus Eibi-Ebesfeldt, Joseph de Maistre y Oswald Spengler.

Etología e historicismo frente a wokismo y cosmopolitismo. Y es que parecen como escritas en la actualidad las palabras de Spengler en *El hombre y la técnica*: «Ya no se trata de interpretar según el gusto privado de algunos individuos y de masas enteras, las cosas, los acontecimientos, en referencia a una tendencia racionalista, a deseos y esperanzas propias. En lugar de decir ‘así debe ser’, o ‘así debiera ser’, aparece inquebrantable, ‘así es y así será’. Un escepticismo orgulloso viene a sustituir los sentimentalismos de pasados siglos. Hemos aprendido que la historia no tiene en cuenta para nada nuestras esperanzas».

Tal es su mensaje último.









[fundaciondisenso.org](http://fundaciondisenso.org)